

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ GOMEZ

II

En toda colección de libros de Viajes por España la pieza fundamental, aparte de las bibliografías de Foulché-Delbosc y de Arturo Farinelli, es la que los bibliófilos llaman usualmente el *Ponz* que contiene, en veinte lindos tomitos, la relación de las andanzas, por bastantes regiones de nuestra península y algunas de fuera de ella, de don Antonio Ponz, secretario de la Real Academia de San Fernando, miembro de la de la Historia y perteneciente a las Reales Sociedades Económicas de Madrid, Vascongada y otras. Comenzó a publicarse esta obra, parte de cuyos tomos conocieron reediciones diversas, bajo el nombre de don Antonio de la Puente, en 1772, en la imprenta, de rancia solera en la historia de la tipografía española, de don Joaquín Ibarra, comenzando enseguida a figurar en las portadas el nombre de Ponz, su verdadero autor. Los relatos de viajes por España ocupan dieciocho volúmenes, y los de fuera de España dos, el primero de los cuales es de 1775. Es colección bastante difícil de encontrar completa, y que ya viene alcanzando, desde hace muchos años, elevadas cotizaciones en el comercio del libro antiguo. Pero la curiosidad de los estudiosos puede bastarse con la reimpresión hecha, en 1947, por la casa editora Manuel Aguilar en una de sus conocidas colecciones en papel biblia.

Don Antonio Ponz, valenciano, doctorado en Teología, fué hombre muy culto, de gran vocación artística, pintor e infatigable viajero cuyos gustos, quizás puedan chocar en bastantes momentos con los nuestros, pero con una curiosidad, buena fe y honestidad que, unidas a unas muy felices dotes de expresión, hacen de su obra un libro de conocimientos indispensables no sólo en esta disciplina peripatética de los viajes, sino en



todo estudio serio sobre el inventario artístico nacional. Es lástima que Murcia estuviese lejana de las singladuras de este gran curiosón e infatigable viajero por España, como lo estuvo también de las que en el siglo siguiente hizo por las iglesias de nuestra patria don Jaime Villanueva, conservada en otra obra de estimación pareja, de interés similar, formada por veintidós volúmenes, que cuesta también bastante trabajo encontrar completa.

En el tomo XII de los que dedicó a sus excursiones dentro de la península, trae Ponz a capítulo algunos de los relatos que de sus andanzas nos dejaron quienes, desde allende las fronteras, venían a visitar nuestra patria, y dice: «No sería despreciable ocupación para un español instruído, hacer el análisis de las obras de viajes por España, de extranjeros, que se han publicado, y dar a conocer el aprecio que debe hacerse de cada una de ellas, notar las falsedades, y la mordacidad de injustas críticas contra la nación que en varias se encuentran...». Bien presente debía de tener en su mente la que había publicado pocos años antes Enrique Swinburne, una de las menos mancas en animosidad y estrechez de juicio y de las más pródigas en errores, injusticias y fantasías, y que va a ser materia del presente trabajo, segundo de los de esta serie.

Ya antes de Ponz, y éste lo recuerda en las primeras páginas del tomito en que comienza el relato de sus viajes fuera de España, había puesto las peras a cuarto al inglés don José Nicolás de Azara en su carta prólogo a la *Geografía Física de España* de Guillermo Bowle en la que, ocupándose del relato de Swinburne, pone de manifiesto sus fabulosas inexactitudes, su desdeñoso silencio sobre cuanto de meritorio encontraba, su exageración de las deficiencias con que se topó y su ingratitud al corresponder con tal injusticia a las atenciones que con él se tuvieron aquí, de muchas de las cuales había sido Azara testigo, para terminar diciendo que a fin de que Inglaterra no se ensoberbeciera demasiado por haber nacido en su tierra Locke, Adisson y Cook, le deparó Dios el que en ella viera también la luz Enrique Swinburne.

Y no es que Swinburne —que bueno será dejar ya dicho que nada tiene que ver con el famoso poeta inglés de igual apellido— fuese hombre poco culto, ni un viajero ocasional que deja en unas páginas las experiencias de la única salida fuera de las costas de sus islas; nada de eso. Nuestro hombre, de gran familia, rico, educado en Francia, vivió casi más años en el extranjero que en su patria. Conoció Francia, España, Italia y Austria en cuyos cuatro países tuvo prolongadas estancias codeándose con los personajes de más relieve social y habiendo llegado a ser amigo de María Antonieta, de María Teresa de Austria y de Fernando IV el rey de las dos Sicilias. Tampoco fué la relación de estas andanzas por nuestras tierras la sola obra que sobre esta materia escribió, pues



publicó otros dos libros de viajes por Italia y por varios países europeos.

Sobre la mesa tenemos nosotros en este momento un magnífico ejemplar del libro suyo que nos interesa concretamente, el que perteneció al vizconde de Palmerston, cuyo exlibris lleva, de la primera edición, Londres 1779, con su mapa y bellas láminas que en este ejemplar se encuentran enriquecidas con cinco más de las que el índice acusa. Es un libro en ese tamaño de folio menor cuadrado, muy usual en la tipografía inglesa de la época para libros de lujo, conservado en encuadernación contemporánea a su aparición, y cuyo título es: *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*. Mereció ser reimpresso en una edición, también londinense, en cuatro volúmenes entre 1787 y 1790. En el primero de esos años citados fué traducido al francés con el título de: *Voyage de Henri Swinburne en Espagne*, y en los comienzos de este siglo se hizo todavía otra edición inglesa, también en Londres, con las láminas y breve extracto del texto. La portada ostenta un lema de Boileau, que pronto será desmentido en las páginas que le siguen: «Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable».

Elije el autor para su relato el sistema epistolar mediante cartas que aparecen sin mención, en la cabecera, de su destinatario, siendo cuarenta y cuatro las que componen la obra. La primera de ellas está fechada en Perpignan el 23 de octubre de 1775, en vísperas de adentrarse por nuestras tierras, y la última, en San Juan de Luz el 19 de junio de 1776, apenas salido de ellas. El itinerario que sigue se mantiene fiel a la costa levantina desde la frontera catalana hasta Cartagena, adentrándose después en Andalucía, gran parte de cuyas principales ciudades visitó, hasta asomarse al océano, para subir luego, cruzando Sierra Morena, en ruta ya hacia Toledo y Madrid, y atravesar, al final, Castilla para volver a pasar la raya de Francia por Irún. Las cartas que nos interesan para el presente trabajo son cuatro, las XVI a XIX, que contienen las impresiones de Swinburne desde que sale de Alicante hasta su entrada en el reino de Granada. Ha pasado por Elche, por Orihuela, por Murcia, por Cartagena, y por Lorca. Vamos a ver qué es lo que este viajero inglés vió en nuestras tierras o, mejor dicho, qué es lo que nos cuenta sobre nuestro paisaje y sobre las cosas y los hombres de esta región en que vivimos.

* * *

La primera de las cuatro cartas citadas ya la escribe el viajero en Cartagena y la fecha en 15 de diciembre de 1775, para contarnos que había salido de Alicante el día 12 de ese mes llevando consigo unas cuantas botellas de escogido vino tinto y prometiendo a su destinatario que al abandonar España le acompañaría una completa colección de muestras de los



mejores vino españoles que por mucho que le complicara su equipaje, lo toleraría bien porque se había acostumbrado a tener que viajar con una bastante voluminosa impedimenta. Swinburne nos cuenta que las posadas y ventas españolas son de pésima calidad sin posibilidad de encontrar en ellas sino las paredes desnudas y si acaso algún huevo pero a precios inasequibles; ventanas sin cristales y aún sin papeles, y puertas cerrando mal, si alguna vez cierran, quedando el viajero, aún dentro de su habitación, como a la intemperie sin la menor protección contra el viento y la lluvia; y tan caras que no es explicable lo que cobran a no ser que cobren por el ruido que se hace. No comprende el inglés cómo en condiciones de albergue tan poco hospitalarias pueden los españoles viajar de un lado para otro. Ello le obliga a desplazarse con un equipaje complicado pues hay que llevar consigo mismo todo cuanto se sabe de antemano que se buscará y no se encontrará en las posadas; los lechos para dormir, el pan, el vino, la carne, el aceite, la leña y hasta la sal, con hornillos dispuestos y la comida ya condimentada que sólo precisa el ser calentada para comerla. Con estos bagajes va de posada en posada nuestro hombre. En estos albergues, lo que con optimismo llaman los venteros dormitorios se encuentran demasiado cerca de las cuadras y el ruido que las bestias hacen en ellas supone, en los comienzos de la excursión, una verdadera tortura porque impide conciliar el sueño. Sin embargo la fuerza de la costumbre llega a ser tal que nuestro viajero llega a temer que cuando salga de España le va a ser difícil dormirse sin ruidos y sin estruendos. Nos cuenta su entusiasmo por el buen vino español, una botella del cual, sobre la mesa, después de cenar, le entretiene mientras cenan sus criados para dar tiempo a que le preparen la habitación donde ha de dormir.

Pero todo lo compensa, y con creces, el clima dulce y suave, la bonanza del tiempo, sin inclemencias, que hace tolerable para el viajero las incomodidades y las privaciones. Esta extraordinaria dulzura de nuestro clima ha sorprendido siempre, agradablemente, a todos los extranjeros, sobre todo en esta ruta concreta por la que estamos acompañando ahora a Swinburne, casi a los doscientos años de haberla hecho él. En el siglo siguiente la iba a hacer, a su vez, el pintor francés Henri Regnault, que también dió a sus relatos la forma de cartas, dirigidas a destinatarios diversos, que merecieron después el honor de su publicación. Desde Elche, donde se encontraba el primero de septiembre de 1869, escribió una bellísima a M. Cazalís, con entusiasmos del mejor lirismo sobre el tiempo de que había gozado la noche anterior y sobre las bellezas del país, en un francés purísimo e impecable que invita a leerlo en voz alta, y que no resistimos la tentación de transcribir:



«C'est dans un bois de palmiers que je t'écris. Qu'il y faisait bon cette nuit! Tous les soirs nous nous baignons en mer sous les blonds regards de Phoebé, quand elle veut bien nous faire l'honneur de paraître. Maintenant plus de lune, mais la mer est phosphorescente, de sorte que chacun de nos mouvements y fait naître des constellations: il y a des moments où je crois nager en pleine voie lactée. Le beau pays! C'est l'Afrique déjà. Les nopals nous sont familiers et depuis trois semaines nous nous nourrissons de fruits délicieux qui doivent descendre en droite ligne de ceux de la terre promise...».

Antes de haber encontrado nosotros el ejemplar de la *Correspondence* de Regnault, nos había proporcionado copia de esta bella carta, María Brey Mariño a quien debemos un encantador libro sobre el viaje por nuestras tierras del insigne pintor francés y a la que reiteramos ahora nuestra gratitud.

La primera parada después de salir de Alicante tiene lugar en Elche, gran pueblo que pertenece al duque de Arcos, donde el inglés se queda maravillado y absorto ante los extensos bosques de palmeras, a los que dedica un encendido canto, alabando los anaranjados racimos de dátiles que de sus penachos de ramas penden y señala el pintoresquismo de las acrobacias que tienen que realizar los hombres que suben a arrancarlos. Nos dá curiosa información sobre las operaciones de cruzamiento, detalles para distinguir a las palmeras machos de las hembras, y sobre las faenas de protección que hay que realizar con las hojas para convertirlas lentamente en las palmas doradas y finas que han de acompañar al Señor el Domingo de Ramos. Orihuela, a donde se detiene el viajero, le encanta también por su clima, por sus avenidas de bellos árboles, por la feliz ordenación de sus regadíos. Toma nota de la extraordinaria amenidad de su valle donde se amontonan, ordenadamente, toda clase de cultivos y de colores; de su buen trigo y de su excelente pan, y transcribe en sus notas el refrán que pregona estas excelencias: «Si llueve hay trigo en Orihuela, y si no llueve, hay trigo en Orihuela». Y sigue nuestro hombre su ruta hacia la capital de nuestra provincia, y aunque el período invernal, en que realiza su viaje, no es el más adecuado para que la fertilidad del campo pueda ofrecer el mejor panorama, no deja de pregonar la belleza de todo este valle por donde va caminando.

Pero Murcia no le gusta a Swinburne. No la encuentra ni grande ni hermosa. El Segura, tantas veces alabado en versos y en prosas a lo largo de los siglos, es para él un arroyo fangoso, —¡ay si lo viera ahora tan pobre y desangrado!— que divide a la ciudad en dos partes desiguales, y aunque no contribuya a embellecerla, sí logra fertilizar la amplia llanura



de cultivos que la rodea. Centenares de canales y de regueras van conduciendo y distribuyendo sabiamente las aguas para que, contrarrestando los efectos de un sol inclemente preserven fresca y húmeda la tierra y permitan a los árboles dar succulentos frutos. Nada encuentra en nuestra ciudad digno de mención, salvo la Catedral, de la que alaba, por su naturalidad y perfecta factura, la cadena de piedra que abraza, por el exterior, la capilla de los Vélez, la concurrencia en su fábrica de muestras de los cinco órdenes arquitectónicos, la esbeltez de su torre y de su campanario, y el perfecto trazado de la rampa para subir a él que permite hacerlo con suavidad y sin cansancio.

No deja Swinburne de hacer la protocolaria subida a la torre; la vista desde ella es amplia y extensa y comprende la ciudad, a sus pies, y la campiña a su alrededor. Pero la estación del año, ya lo ha dicho antes, no es la más adecuada para que el paisaje destaque con toda la variedad que puede dar de sí su lujuriente vegetación, y la cadena de montañas negruzcas está demasiado cercana, y demasiado próxima a la vista. Desciende el viajero y conserva en las páginas de su obra el detalle de que los nombres y las insignias de los judíos quemados por la inquisición de Murcia, figuran colgando en los muros de la iglesia como si se tratase de trofeos ganados, en reñida victoria, a algún poderoso ejército enemigo.

Siente prisas el viajero por abandonarnos y por continuar hacia Cartagena. La ciudad vecina ha sido siempre más interesante para los ingleses por su comercio, que les permitía esperar encontrarse en ella con coetáneos suyos, por su situación costera, y por su carácter de puerto militar y cabeza de uno de los departamentos marítimos. Encuentra muy triste la ruta formada al principio por una garganta con un torrente por lecho y altas paredes de montañas desnudas, y después por una llanura triste, extensa, sin edificios ni árboles y con sólo la barrilla como casi único cultivo.

Nos había explicado ya el viajero cuál era la técnica de sus singladuras; levantarse con el día, hacer cuatro o cinco leguas de camino antes de comer, y avanzar por la tarde otras tres leguas aproximadamente. Este día en que se desplaza de Murcia a Cartagena descansa, para partir su jornada, en la peor venta que ha visto en su vida donde sólo encuentra a un hombre, posadero accidental, puesto en ella por el Juzgado de Cartagena, porque el ventero en propiedad, con toda su familia, había entrado en la cárcel pocos días antes por haber aparecido asesinada una mujer cuyo cadáver había sido arrojado al pózo cercano. Nuevo aliciente de los albergues del campo español que puede añadir el viajero a la larga lista que ya se había cuidado muy bien de detallar. Razones de urgencia en la entrega de este artículo al Director de la Revista nos han impedido el buscar si este crimen, que debió ser famoso, tuvo algún reflejo en la lite-



ratura de cordel de la época, muy dada a recoger sucesos truculentos de esta especie. Pero hemos archivado el dato para ver si tuviéramos la suerte de encontrar algún relato poético del mismo. Lo cierto es que el miedo que este episodio infunde en el viajero y sus servidores, puso alas en sus pies y los colocó bien temprano, aquella tarde, en Cartagena y en la bella ciudad se hospeda el inglés en *El Aguila de Oro*, regida por un francés y que, como afortunada compensación con la venta tétrica que acababa de dejar, nos es definida por Swinburne como la mejor fonda que había encontrado en España.

* * *

La carta siguiente, la diecisiete, está también escrita en Cartagena dos días después de la que acabamos de comentar. El autor se confiesa en mala disposición para escribir, con el espíritu deprimido, porque viene del Arsenal donde ha presenciado un triste espectáculo de miseria y de dolor. El Arsenal es un recinto espacioso, al sureste de la ciudad, bajo las montañas, indefenso por la parte de tierra, y artillado frente al mar por cuatro piezas de cañón. Allí vé Swinburne diversas embarcaciones que se están construyendo o que están sometidas a reparación, y traba amistad con un inglés, Mr. Turner, que es el principal constructor. Los almacenes y los depósitos de útiles y de enseres, contra la información que se le había dado de que era posible encontrar en ellos cuanto fuese preciso para equipar un navío de guerra, se encuentran mal abastecidos, y careciendo de muchas de las cosas necesarias. La actividad en los talleres es muy reducida, la administración desastrosa y extraordinariamente exagerada la suspicacia de los guardianes frente a los extranjeros que van de visita, no pudiendo suponer jamás que su presencia sea debida sólo a la pura curiosidad del viajero. Los intendentes civiles bajo cuyo cargo se encontraba antes, han sido sustituidos por oficiales de la Armada.

Los diques secos, es preciso conservarlos sin agua mediante el funcionamiento continuo de bombas de achique día y noche y este trabajo está confiado a unos ochocientos delincuentes españoles, de la población penitenciaria, y a unos seiscientos esclavos berberiscos en durísimo trabajo de jornada de dieciséis horas para los primeros y de ocho para los segundos. El trabajo es extenuante y sin descanso; cuando el verano llega no es raro que fallezca un elevado número de esta población penitenciaria y trabajadora. Abundan y son frecuentes los malos tratos de palabra y de obra por parte de los guardianes, algunos de los cuales tienen lugar en presencia del viajero. La alimentación es muy deficiente; pan negro y carne de caballo con judías hervida en agua salada. Los moros están ominosamente marcados con una M en su ropa. La desesperación de aquellos desventurados es de tal categoría, que no pueden tener a su alcance arma



alguna, o instrumento adecuado porque aprovecharían la más leve distracción de sus guardianes para quitarse la vida.

Nuestro hombre no deja de subrayar el odio que se refleja en la mirada y en el gesto de estos desventurados cuando reciben algún castigo o alguna amonestación y la sola reflexión que disminuye su angustia es el conocimiento que adquiere de los feroces crímenes por cuya causa están sujetos a prisión y a castigo forzado bastantes de ellos. Pero no encuentra disculpa alguna para la severidad que se ejerce sobre los cautivos berberiscos, que le subleba, por encontrarla sin posibilidad alguna de conciliación con los principios de humanidad y con la humilde doctrina cristiana. Esta visita al Arsenal es la causa de la sensación de abatimiento y de tristeza con que Swinburne había comenzado la carta que estamos comentando.

Pero la gentileza del Gobernador contribuye a elevar su ánimo y a disipar, en la tarde de ese día, las lóbregas impresiones de la mañana; el Gobernador, sabiéndose ya de memoria cuál es la máxima curiosidad de los ingleses que visitan Cartagena, le concede autorización para tomar un bote y dar un paseo por el interior de la bahía y del puerto, acompañándole algunos caballeros de Cartagena para explicarle con todo detalle la situación y los objetivos de las distintas obras y fortificaciones. El puerto es considerado por el viajero como uno de los mejores que nunca había visto, creado por la mano de la naturaleza, en forma de corazón, y teniendo a la isla de Escombreras con su doble defensa de bloquear la entrada y de protegerla de la violencia del viento y de las olas. Su boca está formada por dos altas y desnudas montañas al Este y al Oeste, y su espalda, por el Norte, por una cadena de bajas colinas en las que se recuesta la ciudad. La configuración de la bahía y la cadena montañosa que la circunda, permiten el abrigo de la más poderosa flota a cubierto de cualquier ataque de navío que se encuentre fuera.

No tiene mucha suerte Swinburne porque en ese día sólo hay en Cartagena seis navíos de guerra formando una pequeña escuadra de la que es barco almirante el *San José* y cuando pasan a su vera coincide con el momento en que el Comandante hace disparar un cañonazo como señal para levar anclas obedeciendo a órdenes recibidas de la Corte para que la escuadra abandonase Cartagena. Nuestro hombre, como buen inglés, ruega al marinero que conduce el bote que se detenga un poco junto a la fragata, con la esperanza de poder asistir a las operaciones de levado de anclas y de salida del puerto. Pero el viejo marinero le recuerda que ni Cartagena es Portsmouth, ni los navíos y marineros españoles llevan sus cosas con la diligencia habitual en Inglaterra, que el cañonazo que ha escuchado no es sino el cumplimiento simbólico de la orden real y que la flota tardará aún dos o tres días en realizar sus operaciones de partida.



Se atreven a salir del puerto, y la calma de sus aguas se transforma en violento oleaje en el exterior. Encuentra la bocana más ancha de lo que desde tierra suponía, tan ancha que estima que los dos fuertes que la protegen y defienden quedan demasiado distantes entre sí para poder hacer daño importante al enemigo que entre ambos intente forzarla, aunque no son vana protección los bajos o rocas que, con sólo cinco pies de agua sobre ellas, constituyen el más serio obstáculo para cualquier invasor que no esté bien informado de las estrechas y tortuosas rutas accesibles. Y estos peligros tienen aquella tarde su demostración palpable en un accidente que estuvo a punto de ocurrir, a la presencia del viajero, a un mercante inglés que se aventuró sin las precauciones debidas. Regresaron al puerto, vuelven a encontrar la paz de su interior, donde las aguas están tan quietas que parecen estancadas y esto, que es muy agradable para los que van en bote, es extraordinariamente nocivo para las embarcaciones fondeadas porque sus cascos se pudren y deterioran, sino se les somete a frecuentes operaciones de reconocimiento y de raspado.

Tampoco le gusta a nuestro hombre Cartagena, ciudad aburrida apesar de sus tres regimientos de guarnición y de las demás fuerzas de ingenieros y de marina que no logran contrarrestar la desanimación que en ella reina. Sus amigos le llevan por la noche al teatro y como es día laborable no se trabaja con decoraciones y sí sólo con una cortina roja por fondo de detrás de la cual salen los actores alejándose bien poco de ella para poder oír a los numerosos apuntadores que detrás se esconden. El lector llega a creer que lo que el viajero presencié fué un ensayo y no una representación. Swinburne nos dice que encontró en este espectáculo bastante semejanza con las *Sombras chinescas italianas*. Salvo esta miserable representación y el café, no hay otra diversión que altere en Cartagena, en aquellos días, la monotonía de su vida. La ciudad es grande pero con muy pocas calles buenas y todavía menos edificios notables. Recoge el viajero el del Hospital con dos amplios patios, con una construcción irregular por estar sobre un solar inclinado que hace que mientras que la fachada que mira al mar conste de tres pisos, sólo tenga uno la posterior que mira a la tierra. Está edificado con una piedra muy frágil que sufre y acusa los efectos corrosivos del aire del mar, y la incuria de sus conservadores que nada hacen por reparar estas injurias de los elementos. No le pasa desapercibido la pequeña ermita, en las afueras de Cartagena, erigida en honor de Santiago, patrón de España, en el mismo sitio donde es piadosa leyenda que desembarcó el Apóstol cuando desde Palestina venía a evangelizar nuestra patria.

* * *



En el siguiente día 18 escribe Swinburne su tercera carta, también desde Cartagena. Ha dedicado ese día su tiempo a recorrer los campos que rodean la ciudad; se acabó su preocupación militar, marinera y urbana, y se despierta ahora su curiosidad agrícola. Muestra interés por averiguar el mayor número de detalles sobre el cultivo de la barrilla, aunque la época del año en que se encuentra no sea la más apropiada. Aparece en las páginas del libro un personaje que no nos es desconocido, con quien ya habíamos trabajado amistad por habernoslo presentado Townsend, en su viaje años antes y que ha servido de motivo al primero de estos artículos; es Mr. James Macdonnel, quien pone al servicio del viajero su experiencia de muchos años y sus observaciones hechas sobre las plantas de que se extrae la sosa y sobre los procedimientos para tratarla, porque él es uno de quienes han contribuido a mejorar esta industria y uno de los principales exportadores del producto al extranjero. En las páginas del libro se nos describen minuciosamente, incluso con sus nombres científicos, las cuatro clases de plantas que habitualmente se utilizan para fabricar la sosa, con curiosos detalles sobre la época de siembra, las semejanzas y diferencias entre ellas, los procedimientos de cultivo, los de recolección, y los rendimientos en cada caso. Nos explica también los diferentes sistemas de cocida o fabricación y las aplicaciones más adecuadas de la que se obtiene con cada una. La mejor sosa es la de barrilla y es la que se aplica a las finalidades más delicadas; fabricación de vidrio y blanqueo de tejidos sin quemarlos. En cambio la que se obtiene con las demás plantas es de una calidad inferior y sólo útil para la elaboración de jabones.

Hay una larga disertación sobre el cultivo de la barrilla, extenuante, esquilador de las tierras, y que por ello no puede repetirse consecutivamente en un mismo terreno porque lo agotaría pronto. Es preciso dejarle una temporada de reposo y reparar el desgaste sufrido fertilizándolo, cuidadosamente, con abonos. Los labradores ricos conservan rigurosamente esta regla y acostumbran a dividir sus fincas en varias suertes, unas en producción y otras en descanso, para lograr una regularidad de productos. Pero los pobres tienen que prescindir muchas veces de tan sabia norma, y se arriesgan a volver a sembrar apenas realizada la recolección, en su deseo de que la tierra no deje nunca de producir, aunque sea a costa de cosechas más bajas y de peor calidad.

Llama su atención un peligroso enemigo de la barrilla no porque produzca el daño directamente, sino porque es causa inmediata de que otros enemigos de la planta lo realicen. Es el escarabajo volador que pone sus huevos en las raíces sin darse cuenta de la serie de consecuencias que esa elección de sitio supone, porque esos huevos son extraordinariamente codiciados por los zorros que escarban ahincadamente para descubrirlos y



comérselos y que llegarían a devastar una plantación, por extensa que fuese, sino se les persigue sañudamente.

Nuestro hombre hace una pequeña excursión al cercano puerto y pueblo de Almazarrón a donde le lleva su curiosidad por la almagra, esa bella y útil tierra roja, empleada con éxito en las manufacturas de San Ildefonso para pulir los espejos, y en Sevilla para mejorar la calidad del tabaco dándole color, fijando su volatilidad y comunicándole esa especial finura que es el mayor mérito de las labores españolas y de la predilección que hacia ellas sienten los buenos fumadores.

* * *

El 24 de diciembre, víspera de Navidad, ya está Swinburne en Iznalloz, en tierras granadinas, y desde allí escribe la última carta de las cuatro que nos interesan, para contarnos en ella que el día 19 había salido de Cartagena, encontrando a todo lo largo de su camino un paisaje triste, al principio bien cultivado pero convirtiéndose lentamente en desolador, por lo desnudo, hasta llegar a transformarse en un verdadero desierto que no tendría parecido sino en Africa, sin casas, ni árboles, ni aún siquiera arbustos. Esta deprimente ruta le lleva hasta Lorca, gran pueblo al pie de unas colinas y enmedio de un gran valle, pero sin que en él encuentre nada digno de mención salvo el traje de una gitanita, hija del ventero; trenzas en los cabellos con cintas escarlata anudándolas. largos pendientes, medalla y reliquias al pecho, y una cinta azul que arrastraba hasta el suelo y que unía las mangas, sobre cuyo adorno ninguna explicación pudo obtener de la muchacha, ni deducir su finalidad.

Y como el personaje sale ya de nuestra jurisdicción para Baza y Guadix, nosotros le abandonamos también, deseándole un feliz viaje y posadas buenas en donde encuentre ventanas y puertas que cierren, habitaciones lejos de la cuadra, y víveres en abundancia.

